

**ENTRE LA FUERZA DEL MASTODONTE Y LA RESERVA DE DINOSAURIOS.
FALANGE Y LAS ELECCIONES MUNICIPALES DE REPRESENTACIÓN FAMILIAR
EN ARAGÓN, 1948-1973**

Carlos Domper Lasús
Universidad de Zaragoza

«Nosotros, los hombres de la Falange, sinceramente miramos con muy poca simpatía todo lo que se refiera a sufragios y comicios democráticos. Sentimos ante estas cosas un cierto desprecio, pero en este caso, en beneficio de la Patria, a las órdenes del Caudillo, cumplimos disciplinadamente cual soldados de permanente milicia. Allá cada uno con sus festines y sus melindres. Nosotros callamos y con ello hacemos de nuestro silencio castrense una lección para los del desagüe impotente y cobarde.»¹

Las elecciones municipales de representación familiar fueron tan solo una más de las diversas convocatorias electorales, con diferente censo y función, alrededor de las cuales el franquismo trató de articular un falso sistema de representación política, que le permitiese legitimarse exterior e interiormente y poner en marcha un mecanismo de renovación periódica no conflictiva del personal político de segunda línea, en apariencia mucho menos discrecional. De acuerdo con el tema de reflexión propuesto por este congreso y desde el microenfoque que permite la historia local, mi comunicación pretende aproximarse al estudio de la Falange ahondando en dos aspectos hasta hora escasamente abordados por la historiografía². La efectividad con la que FET desarrolló su cometido en la organización y puesta en marcha de los citados comicios, y el lugar que los mismos ocuparon en la conformación y desarrollo de la cultura política de una parte del falangismo.

La fuerza del mastodonte (1948-1963)

Franco, claramente forzado por el devenir de los acontecimientos, anunció en el verano de 1945 la pronta celebración de elecciones municipales orgánicas en España, presentándolas como el paso inicial que conduciría a una progresiva apertura política.

¹ Fragmento del editorial «Murmuradores» del Diario *Nueva España* (Huesca), 6 de noviembre de 1948, p. 2.

² Aunque existen algunos trabajos sobre las elecciones municipales franquistas, salvo honrosas excepciones, excesivamente descriptivos o con un carácter meramente cuantitativo, lo cierto es que son prácticamente inexistentes los que centran su foco de atención en FET-JONS. Quizás el más relevante, por no decir el único, sea el artículo de MIRANDA J.A. y PÉREZ, J.F.: «Actitudes falangistas ante las elecciones municipales (1948-1957)», *Anales de la Universidad de Alicante. Historia Contemporánea*, 8-9 (1991-1992), pp. 139-147. Yo mismo he contribuido recientemente a este campo con mi trabajo «¡Aragoneses votad! ¡Franco os necesita! Las elecciones municipales de representación familiar de 1948 en Aragón», comunicación presentada al *VIII Congreso de Historia Local de Aragón*, celebrado en Rubielos de Mora entre el 30 de junio y el 2 de julio de 2011.

No obstante, el anuncio coincidió con el final de la II Guerra Mundial y el comienzo de un periodo de gran incertidumbre para el Régimen, por lo que su realización se pospuso hasta 1948, cuando la situación internacional comenzó a mostrarse más favorable a los intereses de la dictadura.

Finalmente, la convocatoria tuvo lugar en noviembre de 1948. Por aquel entonces, FET-JONS era sin lugar a dudas un auténtico “mastodonte burocrático” puesto que continuaba teniendo el monopolio de la vida política pero, en la medida en que los complejos aparatos de los organismos de encuadramiento habían seguido funcionando incluso en los años más difíciles, también de la social. La Sección Femenina, el Frente de Juventudes, la Organización Sindical, la Prensa del Movimiento, y el entramado del poder local en gobiernos civiles, diputaciones y ayuntamientos «estaban trufados de falangistas que siguieron haciendo su trabajo durante los años de la “travesía del desierto” a pesar de la pérdida de protagonismo»³. A finales de los cuarenta, nadie dudaba de que era Falange quien controlaba la situación política y social.

Con el final de la década y el comienzo de la siguiente, los negros nubarrones que cubrieron el camino de los falangistas en la segunda mitad de los cuarenta comenzaron a desaparecer. A la altura de 1948, con el explícito apoyo de Franco, el nombramiento de Raimundo Fernández Cuesta como Secretario General del Partido, el ostracismo internacional más suavizado y las peores consecuencias de la desastrosa gestión económica ya superadas, Falange volvió con fuerza al primer plano de la política nacional. Ahora que el Régimen parecía consolidado, sin alternativa real posible, los falangistas estaban dispuestos a jugar con fuerza en el terreno intelectual y político para lograr una mayor influencia en todos los ámbitos del estado franquista.

De alguna manera los falangistas sintieron que había llegado su momento, que tras haber sobrevivido a la guerra y postguerra mundiales, ahora las cosas serían diferentes. Sin embargo, eran plenamente conscientes de la impopularidad y la mala imagen que el trabajo sucio realizado durante años para el régimen, sin contrapartidas visibles ante la población, les había granjeado entre amplios sectores de la sociedad española, especialmente entre los trabajadores. De hecho, para la mayoría de la población seguían la violencia de la represión y también todo lo malo de la dictadura.

³ RUIZ, M.Á.: «La *vieja savia* del Régimen. Cultura y práctica política de Falange» en MATEOS, A. (ed.): *La España de los cincuenta*, Madrid, Eneida, 2008, p. 280.

Como digo, los miembros del Partido conocían perfectamente este descontento y sabían de su débil posición ante una gran parte de los españoles, por ello trataron de ganárselos poniendo en marcha una política de realidades que destacara su vertiente asistencial y social. Ese fue el motivo por el que durante los años siguientes, tanto desde el Ministerio de Trabajo, como desde los ayuntamientos, diputaciones provinciales y gobiernos civiles, FET intentó apadrinar la construcción de viviendas protegidas a bajo costo, la concesión de créditos para obras y nuevos proyectos de mejora en ámbitos locales y provinciales y, en general, todo tipo de acciones de mejora que mostraran su clara voluntad «social».

Sin embargo, un temor todavía mayor que el del rechazo social atenazaba por aquel entonces a los falangistas. El miedo a que la aceptación de España entre las democracias occidentales, aumentase la influencia de estas en el seno del régimen y, como consecuencia de todo ello, el Partido viera disminuida su capacidad de control sobre el entramado administrativo del Estado. FET podía aceptar, aunque quejosa y a regañadientes, que en las fotos oficiales los representantes del Estado aparecieran sin la camisa azul y sin el brazo en alto, pero no estaba dispuesta a permitir bajo ningún concepto que se le arrebataran los puestos de trabajo e influencia conseguidos en el Estado como botín de guerra.

No obstante, era evidente que cuanto mayor fuese la aceptación internacional de la dictadura, mayor necesidad tendría esta de superar el régimen de excepcionalidad sobre el que se encontraba asentada y de forjar un marco político con una base más estable y normalizada. Ese fue precisamente uno de los objetivos del gobierno franquista al tratar de introducir en la vida pública procedimientos de representación que, sin recurrir a los partidos políticos y ampliando o reduciendo el sufragio en función de sus necesidades, le permitiesen exportar la imagen de una ciudadanía participando tanto en el proceso de la toma de decisiones, como en la constitución de las instituciones políticas⁴.

⁴ Un buen resumen de todos los procedimientos electorales alrededor de los cuales se articuló el nuevo sistema de representación política del franquismo puede encontrarse en RUIZ, M.Á.: “Las elecciones franquistas (1942-1976). Limitaciones al sufragio universal”, *Historia 16*, Extra II (Abril 1977), pp. 85-94. CUADRADO, M.M.: «Representación. Elecciones. Referéndum», en FRAGA IRIBARNE, M. (et alii): *La España de los años 70. Vol. 3. El Estado y la política*, Madrid, Moneda y Crédito, 1974, pp. 1371-1439.

A decir verdad, toda la normativa que reguló la puesta en marcha de la *democracia orgánica*, fue escrupulosamente fiel a los fundamentos ideológicos de la dictadura. A pesar de ello, los jerarcas falangistas se pusieron inmediatamente a la defensiva cuando, el 7 de octubre de 1948, el Boletín Oficial del Estado publicó el Decreto por el que el Ministerio de la Gobernación convocaba las primeras elecciones municipales a las que habría de enfrentarse el régimen, y señalaba las fechas en las que cada uno de los tres tercios corporativos en los que se entendía que estaba dividida la sociedad deberían acudir a las urnas para elegir a sus representantes en el ayuntamiento⁵.

Como señalaron José Antonio Miranda y Juan Francisco Pérez a principios de los noventa, «la vocación totalitaria de la ideología falangista provocó que el solo anuncio de la celebración de elecciones levantara una oleada de indignación»⁶. De hecho, tanto los sectores más rígidos en sus concepciones, como los líderes, no escasos, que consideraban irrenunciables sus compromisos políticos con el ideal falangista, se mostraron en un principio poco predispuestos a que unas elecciones «inorgánicas» manchasen la pureza del régimen, precisamente en la administración local, donde los falangistas disfrutaban de mayor grado de control⁷.

⁵ Las elecciones municipales franquistas constituyen un sistema de representación política de carácter no competitivo, puesto que en ellas nunca se puso en juego ninguna alternativa política, y orgánico, dado que estaban basadas en la destrucción de los partidos políticos y los candidatos se presentaban en nombre de uno los tercios corporativos de la sociedad en los que la dictadura los había encuadrado (familia, sindicatos y entidades culturales y profesionales). Por otro lado, la participación en las mismas de candidatos y electores estaba sujeta al cumplimiento de un elevado número de requisitos y condicionada a la aceptación explícita de los principios ideológicos del régimen, que además controló intensamente todos los aspectos relacionados con la celebración de dichas citas electorales y trató de manipularlas en su favor. Por último, las funciones reales a desempeñar por los concejales elegidos fueron de escasa importancia, ya que los agentes realmente ejecutivos de las corporaciones municipales eran los alcaldes, y estos fueron siempre nombrados discrecionalmente bien por los gobernadores civiles, bien directamente por el Ministro de la Gobernación. No obstante, dado que el objetivo de esta comunicación no es analizar las características, funcionamiento y ordenamiento legal de las elecciones municipales franquistas, remito para todo lo que tenga que ver con estos aspectos a los excelentes trabajos de MORENO, R.: «Las consultas franquistas: la ficción plebiscitaria» en MORENO FONSERET, R. y SEVILLANO FRANCISCO, F. (eds.): *El franquismo. Visiones y balances*, Alicante, Universidad de Alicante, 1999, pp. 77-175; ÍD.: «Las elecciones del tercio familiar en el régimen franquista» en MORENO FONSERET, R. (ed.): *Plebiscitos y elecciones en las dictaduras del sur de Europa (siglo XX)*, Alcoy, Marfil, pp. 135-173. SEVILLANO, F.: «El nuevo estado y la ilusión de la “democracia orgánica”. El referéndum de 1947 y las elecciones municipales de 1948 en España», *Historia Contemporánea*, 24 (2002), pp. 374-387. GARCÍA, D.: «Las elecciones municipales del franquismo» en *El franquismo: el régimen y la oposición. Actas de las IV Jornadas de Castilla la Mancha de investigación en archivos. Vol. 1.*, Guadalajara, ANABAD, 2000, pp. 253-270.

⁶ MIRANDA, J.A. y PÉREZ, J.F.: *op. cit.*, pp. 140-141.

⁷ Julián Sanz Hoya y Martí Marín i Corbera han defendido con toda solvencia en algunos recientes trabajos como, sobre todo desde la llegada al Ministerio de la Gobernación de Blas Pérez en 1942, los gobiernos civiles recayeron mayoritariamente en notorios falangistas. Esto permitió que el número de gobernadores

Con todo, los popes del Partido eran conscientes de su dependencia del favor de Franco y de lo vital que resultaba para la normalización exterior y la estabilización interior de su dictadura la puesta en marcha de este nuevo sistema de representación. Por eso, como refleja perfectamente la cita que encabeza este texto, decidieron ser pragmáticos y, bajo la sufrida capa del patriotismo, asegurar la supervivencia de su organización. Para ello, FET activó todos los mecanismos que ponía a su alcance la mastodóntica estructura burocrática que poseía con el objetivo de controlar la totalidad del proceso electoral. Desde su preparación y la selección de candidatos, hasta el escrutinio de los votos y la utilización propagandística de los resultados.

En realidad, FET ya había demostrado en el referéndum sobre la Ley de Sucesión realizado el año anterior su importante papel en el control político de la sociedad. Para lo que aquí interesa, entre las diversas funciones de propaganda y control que llevaron a cabo los falangistas conviene resaltar el minucioso sondeo que la Delegación Nacional de Información e Investigación desarrolló en todos los municipios del Estado sobre el grado de adhesión que la población procesaba al Régimen. El estudio no hizo sino confirmar que “cabía esperar una oposición mayor a medida que aumentase el tamaño de los núcleos de población, lo cual daba razones al régimen para dudar de la posibilidad de obtener el apoyo abrumador que precisaba para consolidarse”⁸.

Era más que palmario que, aun a sabiendas de su poderoso potencial burocrático, Falange se sentía débil e insegura a la hora de escuchar la voz amordazada de una población que estaba atravesando penurias económicas y frente a la que sabía que no tenía buena imagen. En este sentido las palabras del Gobernador Civil de

comprometidos con el ideario nacionalsindicalista y la posición del partido fuese creciendo hasta convertirse en netamente hegemónico, desplazando casi por completo a los representantes de otras sensibilidades u orígenes políticos. Estos gobernadores aprovecharon su posición para impulsar el asalto falangista a ayuntamientos y diputaciones, asegurando así el control político de su provincia por parte de FET-JONS. De ese modo, la llegada de los gobernadores en camisa azul supuso un fuerte avance de la cuota de poder de Falange en la periferia, promoviendo procesos de renovación de los cuadros intermedios e inferiores, a través de la promoción de excombatientes, excautivos, camisas viejas allí donde era posible, y, en general, hombres identificados con FET o que gozasen de su confianza. MARÍN, M.: «Els governadors civils del primer franquisme: sis personatges en busca d'autor» en YSAS SOLARES, P. (ed.): *CD Actas congreso internacional Europa 1939: el año de las catástrofes*, Barcelona 22, 23 y 24 de abril de 2009. SANZ, J.: «Camarada gobernador: Falange y los gobiernos civiles durante el primer franquismo» en NICOLÁS MARÍN, M.A. y GONZÁLEZ MARTÍNEZ, C. (coords.): *CD Ayeres en discusión. Temas claves de historia contemporánea hoy*, Murcia, Universidad de Murcia, 2008. ÍD.: «Jerarcas, caciques y otros camaradas. El estudio de los poderes locales en el primer franquismo», *Historia del Presente*, 15 (2010/1), 2ª época, pp. 19 y 20.

⁸ MIRANDA, J.A. y PÉREZ, J.F.: «El franquismo intranquilo: la manipulación electoral en el referéndum de 1947» en TUSELL, J., GIL, J., MONTERO, F. (dirs.): *Estudios sobre la derecha española contemporánea*, Madrid, UNED, 1993, p. 602.

Zaragoza resultan altamente reveladoras. En su opinión, el ambiente en el que se vivía era de «incertidumbre, de inseguridad, de provisionalidad», y aunque tenía claro que las raíces de dicho clima estaban en la situación internacional, no le cabía la menor duda de que sus efectos se agudizaban debido a la actuación de los «saboteadores de nuestro régimen al socaire de las enormes dificultades de abastecimiento de todas clases por que atravesamos». Por todo ello, pensaba que «sería erróneo en estas circunstancias sentirnos optimistas» y entendía que era imprescindible «trabajar con ahínco para que la gran masa apolítica se incline a nuestro favor en un momento dado»⁹.

De todos modos, para evitar sorpresas desagradables en aquellos lugares en los que se consideraba que la fuerza del aparato burocrático de FET no era lo suficientemente poderosa como para garantizar que el régimen controlara el proceso electoral, se decidió eliminar la posibilidad de que los cabezas de familia acudieran a las urnas. Para ello, los legisladores franquistas introdujeron en el decreto del Ministerio de la Gobernación de 30 de septiembre de 1948¹⁰ un artículo, el 21, según el cual «la proclamación de candidatos equivale a su elección como concejales en los distritos donde el número de aquellos no fuera superior al de estos». Este resorte legal permitió tanto al Régimen como al Partido colocar a sus candidatos sin necesidad de exponerse a un escenario político y social no controlado totalmente por ellos. El caso de la ciudad de Teruel constituye un claro ejemplo.

En la capital del Bajo Aragón, los cabezas de familia no pudieron elegir a sus representantes en el ayuntamiento hasta noviembre de 1957, casi diez años después de que la dictadura pusiera en marcha las elecciones municipales corporativas. Una situación que ya en 1948 los propios falangistas trataron de argumentar desde su propio periódico, *Lucha*, aduciendo que «tal vez por la personalidad de los señores que componían la candidatura, los turolenses no hayan creído necesario enfrentarle ninguna otra, pues se consideran todos ellos muy dignamente representados»¹¹. Sin embargo, desde mi punto de vista y en línea con lo ya apuntado más arriba, la

⁹ Los entrecorillados en el Informe remitido por la Jefatura Provincial de FET y de las JONS en Zaragoza a la Delegación Nacional de Información e Investigación el 21 de octubre de 1946. Citado por MIRANDA, J.A. y PÉREZ, J.F.: «El franquismo intranquilo...», *op. cit.*, p. 603.

¹⁰ *Boletín Oficial del Estado* (en adelante BOE) del 7 de octubre de 1948.

¹¹ Diario *Lucha*, 23 de noviembre de 1948, p.4.

debilidad de la que adolecía el aparato del Partido a finales de la década de los cuarenta en la provincia de Teruel proporciona un marco explicativo mucho más cabal y próximo a la realidad.

En este sentido, aun cuando a mediados de 1948¹² la situación política de «inquietud y temor»¹³, que durante buena parte de los años cuarenta provocó en el Bajo Aragón la actuación del Maquis, había sido resuelta gracias a la «actitud demostrada por el mando en la represión del bandolerismo»¹⁴. Lo cierto es que, como amargamente le reconoció el Delegado Provincial de Sindicatos (Jesús Milián) al Delegado Nacional de Provincias en una carta fechada el 18 de enero de 1949, aunque por aquel entonces «las actuaciones terroristas» habían terminado, tanto el apartamiento de las funciones de represión de las mismas al que fue sometido el Partido por parte de los gobernadores civiles y jefes provinciales Ruiz Castillejos y Herrero Lozano, como la falta de visión de los mandos y, en especial, «la inexistencia de una organización política a la que supeditar toda actuación de carácter gubernativo», hicieron que Falange no pudiese recuperarse¹⁵.

En este contexto, el artículo 21 permitió a FET y al Ministerio de Gobernación situar en el consistorio turolense a hombres de su total confianza sin necesidad de arriesgarse a infiltraciones de personas no deseadas o a que, alrededor de la celebración de los comicios, pudieran realizarse actuaciones destinadas a socavar la legitimidad de la dictadura, denunciando la falsedad de las políticas de representación puestas en marcha por la misma. No obstante, al ahondar en las características políticas de los concejales designados durante estos seis años salta a la vista la fragilidad de las estructuras del Movimiento en la provincia, puesto que aun cuando no tuvo que hacer frente a la compleja tarea de controlar y dirigir los diferentes procesos electorales, fue la jefatura de las tres provincias aragonesas que menos afiliados logró colocar en el ayuntamiento de su correspondiente capital entre 1948 y 1954.

¹² En el parte mensual de agosto de 1948, enviado por el Jefe Provincial del Movimiento a la Delegación Nacional de Provincias el primero afirmaba, en relación a las actuaciones del Maquis, que «la normalidad en toda la provincia es grandísima». Archivo General de la Administración (en adelante AGA) (9)17.19 51/20683.

¹³ Parte mensual de abril de 1947. AGA (9)17.10 51/20683.

¹⁴ Parte mensual de agosto de 1948, AGA (9)17.19 51/20683

¹⁵ AGA (9)17.10 51/20756

En otro orden de cosas, desde las instancias oficiales siempre sostuvieron, incluso en aquellos lugares donde no se celebraron, que las elecciones municipales carecían de significado o contenido político y se limitaban a constituir un acto de carácter puramente administrativo en el que todos los ciudadanos estaban involucrados. A pesar de ello, lo cierto es que a nadie, tampoco a los falangistas, se le ocultó el cariz político que, al margen de todas sus limitaciones, adoptaron estos comicios. En primer lugar porque se convirtieron en el mecanismo elegido por la dictadura para regular la cooptación de una parte del personal político de segunda fila. En segundo lugar porque, gracias a la abstención, muchos vieron en ellas una vía a través de la cual poder manifestar cierta disidencia.

Solo un férreo –pero al mismo tiempo sutil– dominio de todo el proceso, permitiría al partido extraer el mayor de los beneficios tras el escrutinio de los votos y desactivar la amenaza que podía suponer a su omnipotencia sobre la política local la elección de personas no vinculadas a él. En otras palabras, Falange pretendía que los ayuntamientos estuviesen regidos por «hombres competentes, honestos, entusiastas y prestigiosos» pero, sobre todo, «impregnados de su fe política» y dispuestos a proyectar «en su labor municipal la inspiración de nuestra doctrina»¹⁶.

Para conseguirlo, los falangistas no dudaron en aprovechar su preponderancia sobre los procesos electorales con el fin de manipularlos en beneficio propio y poder así ejercer un control exhaustivo de las candidaturas presentadas, aceptando solo las oficiales y rechazando sutilmente las restantes. Un método que, al menos en las capitales aragonesas y durante el periodo estudiado, resultó de lo más efectivo puesto que no solo evitó que llegaran a los ayuntamientos hombres contrarios al régimen¹⁷, sino que permitió que el porcentaje de concejales elegidos que eran miembros de FET fuese siempre muy elevado, en Huesca resultó del 100% en las cinco elecciones que se

¹⁶ Los entrecomillados en la circular reservada enviada por la Delegación Nacional de Provincias a todas las jefaturas provinciales en octubre de 1948 citada en MORENO, R.: «La presencia de los grupos políticos en el régimen de Franco a través de las elecciones municipales de 1948» en TUSELL, J., GIL, J., MONTERO, F. (dirs.): *op. cit.*, p. 615.

¹⁷ Solo hubo una excepción que se produjo en Zaragoza en 1954. Aquel año resultó elegido Enrique Cucalón Tejero, un guardia municipal relacionado con el Frente Popular de 1936. No obstante, fue rápidamente cesado de su cargo y su vacante cubierta en las siguientes elecciones. La información sobre el pasado político de Enrique Cucalón en AGA (9)17.10 51/20821.

celebraron entre 1948 y 1960, y aun en sus peores cifras, registradas en Teruel, no bajase nunca del 50%¹⁸.

El éxito fue más relativo a la hora de movilizar a los cabezas de familia para que acudieran en masa a las urnas. Dado que la puesta en marcha de este sistema electoral era en última instancia un guiño propagandístico a las potencias democráticas occidentales, la dictadura temió que un bajo nivel de participación desvirtuara la legitimidad que pretendía alcanzar con su celebración. Por ello, especialmente a través de FET y sus aparatos de coacción y propaganda, trató de lograr el máximo grado posible de participación. Si nos guiamos por las cifras oficiales disponibles para las tres capitales aragonesas, la labor del Partido a la hora de movilizar al electorado fue nuevamente impecable puesto que en Huesca y Teruel estuvieron siempre muy cercanas o bastante por encima del 70% y en Zaragoza, un espacio claramente industrial, oscilaron entre el 68% y el 52%.

Estos datos contrastan llamativamente con las constantes alusiones de los gobernadores civiles al «poco entusiasmo» que despertaron los comicios municipales entre los aragoneses¹⁹. A decir verdad, la ausencia de lucha electoral y el habitual conocimiento de quienes iban a resultar elegidos antes de que se celebrasen, hicieron que estos vieran las votaciones como una pantomima y se burlaran frecuentemente de ellas. En consecuencia, además de constatar el engrosamiento general de las cifras oficiales de participación, convendría disminuir el alcance del trabajo realizado por FET en este ámbito y señalar que el, con todo, alto nivel de participación logrado durante las primeras convocatorias electorales respondió, antes que a una efectiva labor de los falangistas a la hora de socializar un sistema de representación en el que no creían, tanto a los rescoldos del poderoso y todavía cercano fenómeno de movilización política organizado con ocasión del referéndum de 1947, como al miedo a la capacidad coercitiva del régimen entre una población que, mayoritariamente, había abandonado

¹⁸ Además de pertenecer al partido, en su gran mayoría estos hombres no habían participado en la vida política con anterioridad a la guerra civil y, al menos hasta principios de los sesenta, muchos de ellos, especialmente en Huesca y en Zaragoza, ostentaban con orgullo la condición de excombatientes del bando rebelde.

¹⁹ Estos términos fueron utilizados por el Jefe Provincial del Movimiento de Huesca para describir al Secretario General del Movimiento el ambiente en el que se habían desarrollado las elecciones en la capital altoaragonesa. AGA (9)17.10 51/20697.

todo interés por la política, preocupada como estaba por obtener los recursos necesarios para poder sobrevivir²⁰.

Los jerarcas provinciales del partido, que abrumadoramente vieron en las elecciones un síntoma de los derroteros impuros que para ellos estaba tomando el régimen, trataron de utilizar el desinterés de los electores para resaltar la multitud de problemas que la celebración de las mismas acarrearía y pedir su desaparición, puesto que como afirmó en 1955 Marcos Peña Rollo, gobernador civil de Teruel, era «indudable que las elecciones en sí mismas no movilizan ni despiertan el interés de las masas» advirtiendo que dicha situación se iría «agrandando más y más», hasta convertir las votaciones en «rutinarias y desprovistas de interés e ilusión»²¹. Entre quienes se alinearon de inmediato con aquellos que deseaban la supresión de los comicios estaba la primera autoridad provincial de Zaragoza, que, en aquel mismo año, no dudó en solicitar la vuelta al sistema de designación discrecional de los concejales, alegando para ello que cuando los ayuntamientos eran elegidos directamente por las autoridades, estas podían escoger a «los hombres apropiados para el momento, lo que daba una mayor eficacia al conjunto»²².

En el mismo informe en el que aparecen las palabras que acabo de citar, Marcos Peña Rollo escribió lo siguiente: «no cabe duda de que a la masa no debe dejársela sola, pues ni piensa ni discurre por ella misma, hace falta dirigirla y vigilarla y si se hace así puede llegar a seleccionar a los mejores. El dejarla en plena libertad de acción, es peligroso y desemboca en lo que repudiamos, en el sufragio universal con todas sus consecuencias»²³. Era un buen resumen de lo que pensaban gran parte de los falangistas acerca de unos procesos electorales sobre los que, según ellos, existía «una falta absoluta de fe»²⁴. No obstante, aunque se discutieran aspectos puntuales de su funcionamiento, e incluso se llegara a plantear su eliminación, todos eran conscientes de que su supervivencia estaba directamente ligada a la continuidad del Caudillo al

²⁰ Parte mensual de Julio de 1950, enviado por el Jefe Provincial del Movimiento de Zaragoza a la Delegación Nacional de Provincias. AGA (9)17.10 51/20766.

²¹ Los entrecomillados en el Informe sobre las elecciones de 1954 redactado por Marcos Peña en enero de 1955. AGA (9)17.10 51/20804

²² Los entrecomillados en el Informe sobre las elecciones de 1954 redactado por el gobernador civil de Zaragoza en enero de 1955. AGA (9)17.10 51/20804

²³ Informe sobre las elecciones de 1954 redactado por Marcos Peña en enero de 1955. AGA (9)17.10 51/20804

²⁴ Informe sobre las elecciones de 1954 redactado por el gobernador civil de Zaragoza en enero de 1955. AGA (9)17.10 51/20804

frente de la dictadura, por eso nadie llegó a cuestionar nunca la lealtad básica al Régimen.

La reserva de dinosaurios (1963-1973)

Las revueltas estudiantiles de 1956 marcaron para Falange, y también para la dictadura, el comienzo de un imparable proceso de decadencia frente al cual su único objetivo fue sobrevivir. Muchos percibieron que el Régimen había fracasado y trataron de asegurar un *statu quo* que habilitara a los falangistas para perpetuarse en puestos de poder. La institucionalización se vio entonces como la única solución para salvar la maquinaria del Partido y mantener su unidad interna.

El primer acto de ese grito por la supervivencia lo protagonizó, tras su regreso a la Secretaría General del Partido, José Luis Arrese. Este intentó sacar adelante un proyecto de nuevas leyes fundamentales que pretendía recuperar el peso político de Falange en el régimen y, a la vez, proporcionarle un proyecto de continuidad inexistente hasta el momento, más allá de las difusas referencias a la ley de 1947. Sin embargo, pomposas declaraciones de intenciones al margen, los falangistas solo intentaban asegurarse la supervivencia y, sobre todo, garantizarse su continuidad en los puestos que ocupaban a lo largo y ancho de la geografía española y de la administración a todos los niveles.

Las propuestas de Arrese fueron calificadas por muchos de sus críticos como «totalitarias» y pronto encontraron el claro rechazo de aquellos que no se identificaban nítidamente con el falangismo, especialmente de los monárquicos ligados a Carrero y enseguida de la Iglesia y el Ejército. El propio Franco rechazó al parecer borrador tras borrador hasta que finalmente, en febrero de 1957, ordenó paralizarlas y apartó a su impulsor de la dirección del Movimiento, poniendo nuevamente de manifiesto la falta de anclajes del futuro de Falange más allá de su propia voluntad²⁵.

La salida de Arrese de Alcalá 44, se completó con la entrada en el gobierno de hombres sin pasado político, profesionales que, si partían de una lealtad básica al régimen, no estaban comprometidos con la militancia en Falange o con alguno de los grupos ligados a la época de la Segunda República o la guerra. Estos hombres fueron

²⁵ Una excelente y actualizada visión de la evolución interna de Falange durante los años cincuenta puede encontrarse en RUIZ, M.Á.: *op. cit.*, pp. 277-304.

los artífices del cambio económico inaugurado en 1959 con el Plan de Estabilización, que permitió la liberalización económica del país y la inclusión del mismo en los circuitos del capitalismo internacional.

El periodo abierto a partir de entonces trajo consigo una fuerte movilidad social, con ascenso y estabilización de las clases medias, mayor poder adquisitivo de los trabajadores y la irrupción de un «principio de legitimidad tecnocrático»²⁶ que, fomentando valores como el desarrollismo, la eficacia, el europeísmo, el consumismo, etc., provocó una mayor despolitización de la sociedad en la medida en que la compra de un piso, un coche o una televisión, vestir mejor o tener vacaciones anuales, sustituyeron a los viejos ideales de cambio e hicieron que la sumisión al régimen ya no se basara tanto en el temor o el mero conformismo, sino en los beneficios que para la clase media traía la nueva sociedad de consumo que la dictadura muy pronto convirtió en su aliada.

Esta nueva situación conllevó la definitiva postergación de FET JONS como punto de referencia del poder y como agente político efectivo. Por eso, aun cuando mantuvo sus estructuras y enorme aparato burocrático, su presencia en la vida cotidiana de los españoles tuvo un tono mucho más comedido, menos ideologizado y claramente más burocratizado. Esta pérdida de poder real alcanzó inmediatamente las provincias debido a que el liderazgo de los gobernadores civiles y jefes provinciales del Movimiento, pasó a depender mucho más de su propia personalidad que de unas competencias políticas venidas a menos salvo en lo referido estrictamente a problemas de orden público²⁷. Asimismo, Julián Sanz indicó hace algunos años como a finales de los cincuenta y principios de los sesenta comenzaron a aparecer algunos gobernadores de inclinación católica e incluso vinculados al Opus Dei²⁸.

Dado que los gobernadores civiles eran una pieza fundamental del entramado de control y manipulación de las elecciones municipales de representación familiar puesto en marcha por Falange desde finales de los cuarenta, el impacto de su pérdida de poder pronto repercutió en los resultados de las mismas. De este modo, a partir de

²⁶ SOLÉ-TURA, J.: «Elecciones municipales y estructura del poder político en España» en *Estudios de ciencia política y sociología. Homenaje al profesor Carlos Ollero*, Madrid, 1972, p. 792.

²⁷ RUIZ, M.Á.: «Dictadura y desarrollo», en FORCADELL ÁLVAREZ, C. (coord.): *Historia contemporánea de Aragón*, Zaragoza, Heraldo de Aragón, 1993, p.350.

²⁸ SANZ, J.: «Camarada gobernador: Falange y los gobiernos civiles durante el primer franquismo...», *op. cit.*

1963 los falangistas vieron como el número de afiliados que conseguían colocar en los plenos municipales de las tres capitales aragonesas a través de esos comicios descendió de forma drástica y continua²⁹. Mientras todos los concejales elegidos por este tercio en Huesca en 1960 pertenecían al Movimiento, en 1973 este porcentaje solo alcanzaba el 33,3. Lo mismo ocurrió en Zaragoza, donde del 75% obtenido en 1960 se pasó al 25% en 1973. Finalmente, en Teruel sucedió algo similar y mientras en 1957 (no dispongo del dato de 1960) todos los elegidos pertenecían a FET, en 1973 esta cifra solo alcanzó el 33,33.

A pesar de las circunstancias adversas, desde Falange trataron de resistir a los proyectos para su anulación dispuestos desde el Gobierno por Carrero y López Rodó. Para ello, conscientes como eran de que, tras los cambios socioeconómicos y generacionales que había sufrido, la dictadura necesitaba una nueva legitimidad, desde 1963, al calor de los intentos de «sindicalización» del Movimiento puestos en marcha por Solís, debatieron fórmulas que permitieran insuflar vida a su organización asegurándole un lugar en el futuro de la vida política del país sobre la base más representativa tolerable por su antiliberalismo. Por esa vía, impulsando la representatividad de sectores amplios de la sociedad a través de sus estructuras sin dejar por ello de denostar la «falsa democracia republicana», entendían que podían competir con las políticas hegemónicas promovidas desde la Presidencia del Gobierno por los tecnócratas.

Durante los años sesenta, las páginas de los periódicos del Movimiento y los informes de algunos gobernadores civiles, se llenaron de apelaciones a aquello que Raimundo Fernández Cuesta había denominado en 1949 como una «democracia falangista bien entendida»³⁰, así como de propuestas para aumentar el interés ciudadano por las elecciones municipales de representación familiar. Entre los diarios aragoneses pertenecientes a FET que más se involucraron en la difusión y defensa de

²⁹Ante el alarmante descenso del número de afiliados que eran elegidos como concejales, Falange decidió tomar medidas para inculcar a los nuevos concejales «las principales ideas de responsabilidad y estímulo para la buena marcha de su actividad al frente de la administración municipal». En esa dirección ha de entenderse la organización en Teruel en 1963 de un curso especial para concejales del tercio de representación familiar que tuvo lugar en la Delegación Provincial de Asociaciones del Movimiento. Memoria sobre la marcha de la provincia en 1964 realizada por el Gobierno Civil de Teruel. AGA (8)003.002 44/11464.

³⁰Diario *Patria* (Granada), 21 de octubre de 1949. Citado por HERNÁNDEZ, C.: «Desempolvado las camisas viejas: revitalización falangista y combate por España en el marco local», contribución del autor a este mismo congreso.

esa nueva «preocupación del Movimiento por revestir de mayor amplitud y vigor a las estructuras de nuestra democracia municipal»³¹, destacó el periódico *Amanecer* de Zaragoza.

Desde sus páginas se apoyó la necesidad de «recuperar o reconquistar el sentido democrático» aunque siempre «a través de las unidades nacionales de convivencia» y sin recurrir a «los antiguos moldes que llevaban consigo gérmenes de guerra civil». En opinión de los redactores zaragozanos, el verdadero arraigo de la democracia europea no partía de los «antiguos partidos» sino de «sus movimientos nacionales que han dado base a la convivencia». Para ellos, el mundo tendía hacia una «repristinación y autentificación de la democracia» sobre la base «de una nueva convivencia nacional» que, en España, estaba representada por el Movimiento, por mucho «empeño que fuera y dentro se le haya querido dar al carácter de momentáneo y hasta de imitador de fenecidos totalitarismos»³².

En aquellos mismos años Víctor Fragoso del Toro, «camisa vieja» y Gobernador Civil de Huesca, constató con gran rotundidad que «el actual sistema [de representación municipal] adolece de falta de adaptación a las circunstancias presentes y no cuenta con el asentimiento y respaldo popular indispensables», concluyendo sin ambages que «se halla en crisis». Para salvarlo, según su parecer, era conveniente «establecer un sistema representativo capaz de asegurar la participación de los ciudadanos», aunque sin olvidar que «ni las circunstancias actuales son las mismas que se daban en las épocas en las que fueron promulgadas las anteriores leyes municipales españolas», ni que «lo que puede ser excelente para ciertos países no ha de serlo necesariamente para el nuestro».

Por todo ello, partiendo de la necesidad de buscar fórmulas y sistemas que «garantizando esa mayor representatividad ahora propugnada a todos los niveles, procuren también asegurar la necesaria eficacia en la gestión de los cargos públicos aquí implicados», la máxima autoridad provincial oscense proponía tanto la supresión del tercio de entidades, e incluso del sindical, para acrecentar el de representación familiar y la intervención de los vecinos en el nombramiento del Alcalde, «porque aun cuando se amplíe la base electiva de los concejales [...] mientras el representante

³¹ Diario *Amanecer*, 2 de noviembre de 1963, p. 4.

³² Los entrecomillados en Diario *Amanecer*, 8 de noviembre de 1966, p. 1.

máximo de la corporación municipal sea designado sin más por la Autoridad gubernativa, el principio de representatividad fallará»³³.

Sin embargo, desde las altas esferas del Estado los tecnócratas no adoptaron ninguna medida en este sentido y, a pesar de los cambios que la sociedad española estaba sufriendo desde finales de los cincuenta, el sistema de representación municipal permaneció inalterado. No podía resultar extraño entonces que en los informes que a final de año realizaban los gobernadores civiles haciendo balance de la situación de su provincia, muchos de ellos continuaran aludiendo a una «atonía política general»³⁴ o a la existencia de una «indiferencia por las cuestiones de tipo político»³⁵.

Dejando al margen la ciudad de Huesca, donde los cabezas de familia continuaron acudiendo masivamente a elegir a sus concejales³⁶, desde 1966, a diferencia de lo ocurrido durante la década de los cincuenta y principios de los sesenta, esa indolencia fue unida en las otras dos capitales aragonesas a un descenso de los índices de participación en los comicios municipales. Así, mientras en Teruel la caída fue real pero poco significativa, se pasó de un 73,3% en 1966 a un 59,9% en 1973, en Zaragoza el desplome fue especialmente notable, llegándose a alcanzar porcentajes de votación inferiores al 33%.

Evidentemente, aquello no fue casual. En 1964 Zaragoza fue declarada Polo de Desarrollo Industrial, algo que reforzó su papel de «locomotora» económica de la región y disparó su crecimiento, con todas las consecuencias urbanísticas y sociales

³³ Los puntos de vista aquí citados de Víctor Frago sobre el sistema de representación municipal en el Informe que el mismo realizó sobre las elecciones municipales de 1966 en la provincia de Huesca. AGA (8)003.002 44/12138. En 1969 el gobernador madrileño volvió a insistir en este asunto en su Informe sobre la situación política de la provincia de Huesca. AGA (8)022.004 52/491. En un sentido similar, aunque sin ser tan explícitos y sin aportar soluciones, se pronunciaron el gobernador civil de Teruel en el informe sobre la marcha de la provincia de 1966 AGA (8)003.002 44/12141 y el gobernador civil de Zaragoza en su informe sobre la situación de la provincia de 1970 AGA (8)003.002 52/498.

³⁴ Memoria de actividades del Gobierno Civil de Teruel de 1965. AGA (8)003.002 44/11696.

³⁵ Informe sobre la situación general de la provincia de Zaragoza de 1965. AGA (8)003.002 44/11697.

³⁶ En su Informe sobre las elecciones municipales de 1966 en la provincia de Huesca. AGA (8)003.002 44/12138, Víctor Frago asociaba esta alta participación al mayor conocimiento de los candidatos y de sus posibilidades, existente en los núcleos de población con reducido número de habitantes. No obstante, en mi opinión esas bajas tasas de abstención se explican mucho mejor aludiendo tanto a la continuidad de los valores subyacentes tales como la tradición conservadora, la persistencia del voto clientelar o el bajo nivel de modernización económica y social de la capital oscense y su provincia, como por los mayores frutos producidos por la coerción en ámbitos reducidos. MORENO, R.: «Las consultas franquistas: la ficción plebiscitaria...», *op. cit.*, p. 135.

que el mismo trajo consigo³⁷. En ese contexto, tal y como sucedió en el resto de núcleos urbanos industrializados del país, se produjo una elevada abstención que no respondió al desinterés o a la desinformación de sus habitantes sino que, muy al contrario, tuvo un alto componente político, de rechazo al sistema de representación orgánico en los ayuntamientos, a la uniformidad de los candidatos presentados y al escaso margen de maniobra que los concejales tenían respecto al alcalde³⁸.

Coincido plenamente con Damián González Madrid cuando afirma que Falange deseaba trascender los límites de la plaza de Oriente y los libros de afiliados para ir al encuentro de esa mayoría de españoles no hostiles al régimen. El problema fue que, mientras el otrora poderoso aparato de Falange se convirtió en un gaseoso Movimiento sin apenas fuerza política, su Secretaría General se mostró incapaz de articular un programa social convincente que le permitiese cambiar la mala imagen, asociada a la represión y la violencia de muchos años, que la gran mayoría de españoles tenía de Falange. De ese modo, el peligroso vacío que Franco siempre temió en ausencia de un instrumento político que canalizase adecuadamente la adhesión popular, acabó produciéndose por la presencia disminuida del mismo. Además, su lugar no fue ocupado por rivales de la *coalición reaccionaria*³⁹, sino por nuevas generaciones que atendían a fórmulas, anhelos, y místicas alternativas, enemigas de la continuidad de la estructura dictatorial⁴⁰.

A pesar de la poderosa fuerza que su mastodóntico aparato burocrático le proporcionaba a finales de los cuarenta, tras su alejamiento una década después de las altas esferas del poder y ante los cambios que la prosperidad produjo en la sociedad española, FET fracasó en su intento de construir una nueva legitimidad para el régimen, y para sí misma, mediante la configuración de una alternativa al Estado

³⁷ Una buena aproximación a las consecuencias del desarrollismo en la sociedad aragonesa, especialmente en Zaragoza, puede encontrarse en RUIZ, M.Á.: «Dictadura y desarrollo...», *op. cit.*, pp. 337-360.

³⁸ Dado que no es el tema de esta comunicación remito para todo lo que tenga que ver con la abstención electoral en la España de Franco a los excelentes trabajos de LÓPEZ, L.: «Abstencionismo electoral en contextos no democráticos y de transición: el caso español», *REIS*, 2 (1978), pp. 53-69; y SOLÉ-TURA, J.: *op. cit.*, pp. 785-799.

³⁹ SÁNCHEZ, G.: *Los cuadros políticos intermedios del régimen franquista, 1936-1959: diversidad de origen e identidad de intereses*, Alicante, Instituto de Cultura Juan Gil-Albert, 1996, pp. 27-31.

⁴⁰ GONZÁLEZ, D.: «Un movimiento político para la adhesión popular: la Falange de Franco» en el *X Congreso de la Asociación de historia contemporánea*, celebrado en Santander los días 16 y 17 de septiembre de 2010. www.unican.es

desarrollista y apolítico defendido por Carrero basada en la apertura de nuevos cauces de representatividad con los que recuperar el aliento y el favor popular.

Incapaz de imponerse a otros sectores de la dictadura en unas elecciones municipales que, sobre todo en las grandes capitales industrializadas como Zaragoza, cada vez movilizaban a sectores más pequeños de la población, y comprobando como una gran mayoría de los integrantes de aquellos que habían sido sus principales sectores de socialización, trabajadores y estudiantes, acudían en masa a las filas del antifranquismo, el Movimiento no consiguió hacerse con una base directa de poder que le asegurase alguna posibilidad de sobrevivir a la implantación de una monarquía o a una desaparición temprana de la figura de Franco.

Poco a poco, la organización creada por el Caudillo en 1937 con el objetivo de canalizar el apoyo popular a su régimen, fue convirtiéndose en una «reserva de dinosaurios»⁴¹ que pasaban sus últimos días disfrutando de unos privilegios logrados en tiempos ya muy lejanos que recordaban con nostalgia y sobre los que hablaban con orgullo a unas nuevas generaciones que, ignorando o conociendo muy vagamente el significado de las camisas azules y los correaes, pasaban por su lado mirándoles con la extrañeza de quien observa algo que no encaja en el contexto que le rodea, y con la indiferencia de aquel que acude a un museo cuyas obras no le interesan.

Conclusiones

A finales de los cuarenta Falange volvió al primer plano de la política con todo el poder que le proporcionaba su mastodóntico aparato burocrático intacto. Por aquel entonces la dictadura estaba concluyendo la operación cosmética encaminada a ser aceptada entre las potencias occidentales, una de cuyas últimas medidas fue la puesta en marcha de las elecciones municipales de representación familiar. En un principio FET se mostró poco predispuesta a que unas elecciones manchasen la pureza del Régimen, precisamente en la administración local, donde ellos disfrutaban de mayor grado de control. Pero conscientes de su imposibilidad de sobrevivir sin Franco y de la necesidad que este tenía de las mismas para garantizar su continuidad, mantuvieron la

⁴¹ Debo reconocer aquí la autoría de este magnífico símil a Miguel Ángel Ruiz Carnicer, con quien mi deuda intelectual, y también personal, es cada día mayor.

lealtad a su líder y se apresuraron a utilizar todo su poder en provincias para evitar que el mismo se viese disminuido a causa de aquellos comicios.

Lo sucedido en las tres capitales aragonesas constituye un claro ejemplo del éxito logrado por los falangistas en su labor de control de los procesos electorales y en su intento por monopolizar la ocupación de las vacantes concejiles. Sin embargo, muestra también las dificultades del Partido para socializar, entre una población fundamentalmente preocupada por sobrevivir y en no pocos casos contraria a la dictadura, las bondades de un sistema de representación municipal en el que ellos no creían.

La llegada de los tecnócratas al poder supuso el alejamiento de Falange del Gobierno y la puesta en marcha de una política de liberalización económica que provocó grandes transformaciones en la sociedad española. El Partido conservó su poderoso aparato burocrático, pero al ser alejado del Gobierno perdió peso político efectivo. Las consecuencias en la administración periférica no tardaron en llegar y, según muestra el ejemplo aragonés, pronto, comenzó a descender el número de militantes que FET era capaz de colocar en los Ayuntamientos a través de las elecciones de representación familiar.

En su intento por recuperar el pulso del Movimiento y dotar al Estado de un proyecto de institucionalización que garantizase a FET un papel destacado en el mismo y, sobre todo, la conservación de las prebendas obtenidas durante la guerra, José Solís trató de insuflar vida al Partido impulsando, entre otras cosas, la representatividad de sectores amplios a través de sus estructuras. En ese contexto, las elecciones y la «democracia falangista bien entendida» adquirieron cierta centralidad en la cultura política de los jefes del Movimiento. Sin embargo, los falangistas ya no tenían poder en el Consejo de Ministros y ninguna medida fue adoptada en este sentido por unos tecnócratas que deseaban a toda costa integrar al Movimiento bajo el paraguas gubernamental.

No obstante, dejando a un lado su inexistente repercusión en el BOE, el cambio de discurso falangista sobre las elecciones llegó cuando, especialmente en ciudades industrializadas como Zaragoza, las transformaciones estructurales provocadas por el desarrollismo habían inhabilitado los comicios municipales como canal aceptable y aceptado de representación política para la mayoría de la ciudadanía. Algo fácilmente comprobable al observar los datos de participación en dichos procesos electorales a partir de 1966.

APÉNDICES

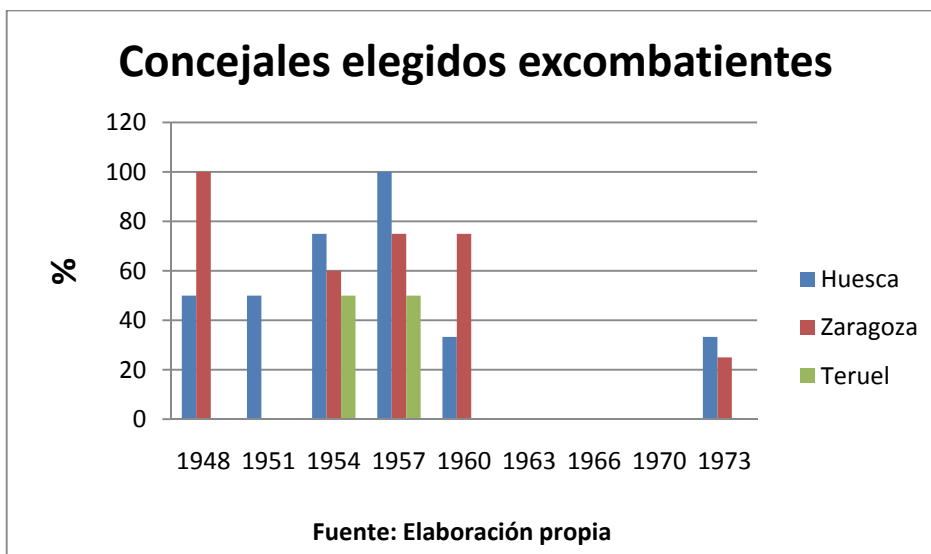
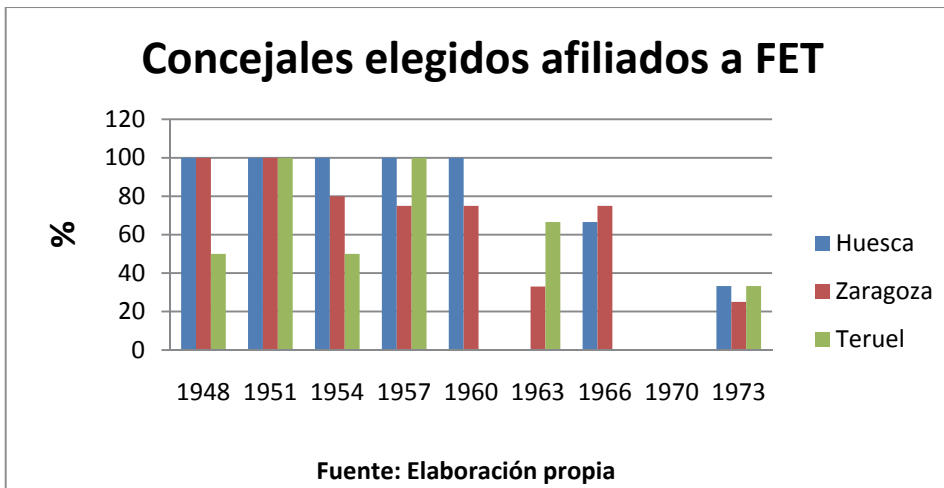
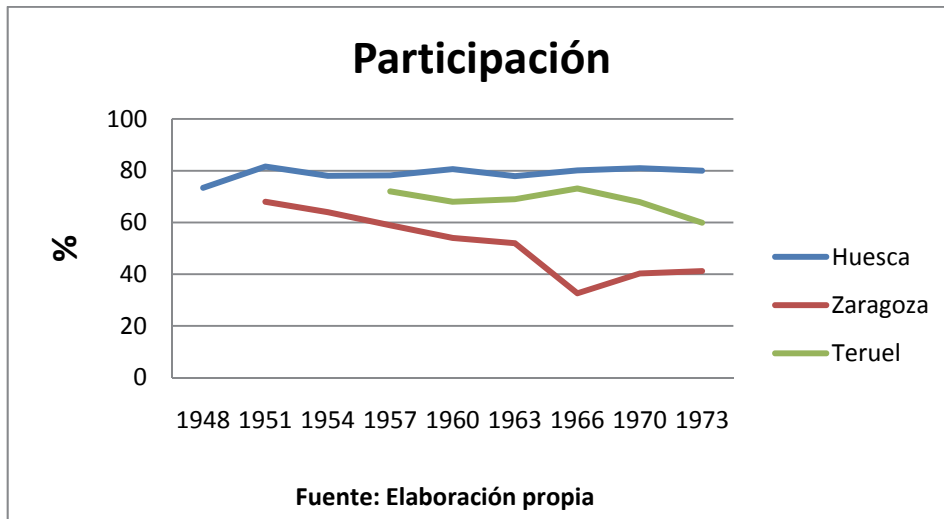


TABLA DE DATOS RELATIVOS A LOS PROCESOS ELECTORALES CELEBRADOS EN LAS TRES CAPITALES ARAGONESAS ENTRE 1948 Y 1973 Y A LOS CANDIDATOS ELEGIDOS EN ELLAS

	Participación			Afiliados FET			Excombatientes			Pasado político			Camisas Viejas		
	Huesca	Zaragoza	Teruel	Huesca	Zaragoza	Teruel	Huesca	Zaragoza	Teruel	Huesca	Zaragoza	Teruel	Huesca	Zaragoza	Teruel
1948	73,4	SD	-	100	100	50	50	100	SD	0	43	0	0	43	SD
1951	81,6	68	-	100	100	100	50	SD	SD	50	SD	0	0	SD	SD
1954	78	64	-	100	80	50	75	60	50	0	0	0	0	20	0
1957	78,24	58,9	72	100	75	100	100	75	50	0	0	0	0	0	0
1960	80,6	54	68	100	75	SD	33,3	75	SD	0	50	SD	0	0	SD
1963	77,91	52	69	0	33	66,6	0	0	0	0	0	0	0	0	0
1966	80,12	32,6	73,13	66,6	75	SD	0	0	SD	0	0	SD	0	0	SD
1970	81	40,3	67,87	0	0	0	0	0	0	0	0	0	0	0	0
1973	80,01	41,2	59,9	33,3	25	33,3	33,3	25	0	0	0	0	0	0	0

Fuente: elaboración propia.

SD. Se desconoce.